



## EPÍSTOLA ENCÍCLICA

En que se trata del Jubileo extraordinario.

LEON P. XIII.

*Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.*

**L**o mismo que por Nuestra autoridad Apostólica ya una y otra vez hemos determinado, á saber; que en todo el orbe cristiano se celebre un año sagrado extraordinario, ofreciendo para el provecho común los tesoros de los dones celestiales, cuya concesión está en Nuestra potestad; hemos juzgado conveniente otorgarlo también para el próximo año con el favor de Dios.—A Vosotros, Venerables Hermanos, que conocéis el estado actual de los tiempos y de las costumbres, no se os puede ocultar en manera alguna la utilidad de esta medida; pero hay además otra especialísima razón por la cual, más que por otro concepto, esta determinación Nuestra parece de mayor oportunidad.—Habiendo tratado en Nuestra anterior Enciclica de cuánto importa á las sociedades acercarse cada vez más á la verdad y al régimen cristiano, se ve claramente cuán conveniente es coadyuvar con cuantos medios estén á nuestro alcance, á este Nuestro propósito, para que los hombres se inclinen ó vuelvan á las virtudes cristianas. La sociedad es tal cual la forman las costumbres del pueblo, y á la manera que la perfección de un navío ó un edificio depende de la bondad y buena disposición de sus partes, así también el orden de los intereses públicos no puede ser seguro y recto si los ciudadanos no siguen el buen camino. Todo aquello que en el orden civil y en lo que constituye la vida pública tiene por únicos autores á los hombres, nace y muere como ellos, pues el hombre suele gravar en sus cosas el sello de sus costumbres y opiniones. A

fin, pues, de que todos se penetren profundamente de aquellas Nuestras enseñanzas, y principalmente, ajusten á ellas su vida ordinaria, se ha de trabajar por que todos se persuadan á pensar y obrar como cristianos pública y privadamente.

Y tanto mayor esfuerzo hay que poner para lograrlo, cuanto mayores son los peligros que amenazan por todos lados. Cesaron en gran parte aquellas grandes virtudes de nuestros abuelos; las pasiones, ya por sí impetuosas, han adquirido más fuerza con la licencia; la locura de las opiniones, por ninguno ó por muy insuficientes frenos comprimida, se difunde más cada día; aun de los que sienten rectamente, muchos, detenidos por vergüenza mal entendida, no se atreven á confesar con libertad sus creencias, y mucho menos á ponerlas en práctica; la muchedumbre de perniciosos ejemplos influye continuamente en las costumbres populares; las abominables asociaciones, por Nos mismo denunciadas en otra ocasión, habíllimas en ardides malvados, trabajan cuanto pueden por dominar al pueblo y apartarle y enajenarle de Dios, de los deberes sagrados y de la fe cristiana.

Rodeados, pues, de tantos males, que aún resultan más graves por su misma duración, no hemos de dejar pasar ninguna ocasión que ofrezca alguna esperanza de aliviarlos. Con tal designio y esperanza hemos de anunciar el sagrado Jubileo, avisando y exhortando á cuantos desean la salvación, para que se recojan un poco, y levanten más alto sus pensamientos apegados á la tierra. Lo cual ha de ser saludable, no sólo á los individuos, sino á la sociedad también; pues cuanto cada uno adelante en la perfección de su espíritu, eso más añadirá de moralidad y virtud á la vida y costumbres públicas.

Comprenderéis empero, Venerables Hermanos, que el deseado éxito de este asunto depende en gran parte de vuestro celo y diligencia, pues es necesario preparar conveniente y esmeradamente al pueblo para que reciba como es debido los frutos que se le ofrecen.—Así, pues, vuestra caridad y sabiduría se encargará de confiar este asunto á sacerdotes escogidos, para que instruyan al pueblo con piadosos sermones acomodados á la comprensión de la mayoría del vulgo, y principalmente le exhorten á la penitencia, que, según S. Agustín, es la *pena cotidiana de los fieles humildes y virtuosos, por la cual herimos nuestros pechos di-*

ciendo: *Perdónanos vuestras deudas* (1). No sin motivo citamos en primer lugar la penitencia, y la voluntaria mortificación corporal, que es parte de ella. Conocéis el carácter de nuestro siglo: gusta á los más vivir delicadamente y nada obrar con virilidad y grandeza de alma. Estos, cayendo en otras muchas debilidades, fingen con frecuencia pretextos para quebrantar las saludables leyes de la Iglesia, alegando que se les impone una carga superior á sus fuerzas al mandarles abstenerse de cierto género de manjares, ó ayunar unos pocos días al año. Enervados por esta costumbre, no es de maravillar que poco á poco se entreguen del todo á los insaciables apetitos. Por tanto, es preciso excitar á la templanza los ánimos decaídos ó propensos á la molición; por lo cual los predicadores de Jubileo, deben enseñar con diligencia y claridad al pueblo, que no sólo la ley Evangélica, sino la misma razón natural prescribe el deber que tiene cada uno de dominarse á sí propio y tener enfrenadas las pasiones, y que las culpas no pueden expiarse sino por la penitencia.—Y para que esta virtud se arraigue y dure, no dejaría de ser oportuno ponerla bajo la tutela y guarda de una Institución estable. Fácilmente comprenderéis, Venerables Hermanos, que estas palabras van dirigidas á que perseveréis en proteger y pagar en vuestras respectivas Diócesis la Orden Tercera de S. Francisco, llamada *seglar*. Mucho han de valer, en efecto, para conservar y fomentar en el pueblo cristiano el espíritu de penitencia, los ejemplos y la intercesión del G. Padre *San Francisco de Asís*, que unió con la más perfecta inocencia tanto ardor de mortificación de sí mismo, que parece llevaba la imagen de Jesucristo no menos en la vida y las costumbres, que en las llagas impresas por Dios en su cuerpo. Las leyes de esa Orden, que oportunamente hemos templado, son suavisimas, y tienen gran importancia para la virtud cristiana.

Fundándose toda esperanza de salvación en medio de tantas necesidades privadas y públicas, en el patrocinio y amparo del Padre Celestial, desearíamos también en gran manera que renaciere el espíritu constante de oración unido con la confianza.—En todos los momentos solemnes de la sociedad cristiana, cuando la Iglesia se vió oprimida por peligros externos ó calamidades internas, Nuestros prede-

(1) Epíst. CXIII.

cesores, alzando los ojos suplicantes al cielo, enseñaron convenientemente de qué modo y á dónde había de buscarse luz para el espíritu, fuerza para la virtud y remedios adecuados á las circunstancias. Tenían siempre ante los ojos aquellos preceptos de Jesucristo: *Pedid y se os dará* (1); *conviene orar siempre y nunca desfallecer* (2). Eco de estos preceptos es la voz de los Apóstoles: *Orad sin intermisión* (3): *ruégos, pues, ante todo que hagais plegarias, oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres* (4).

Con no menos agudeza que verdad escribió á este propósito S. Juan Crisóstomo a aquel siml: así como al hombre que nace desnudo y necesitado de todo, le dió la naturaleza manos con que proporcionarse lo necesario para vivir; así, en lo sobrenatural, en que nada puede alcanzar por sí solo, le concedió el Señor la facultad de orar, con la cual, oportunamente empleada, alcanzase fácilmente lo necesario para su salvación.—De todo esto deducí, Venerables Hermanos, cuán grato y satisfactorio Nos es vuestro celo empleado en promover la devoción del santísimo *Rosario*, propuesta por Nos principalmente en estos últimos años. No merece pasarse en silencio el incremento que con ella parece haber tomado casi en todas partes la piedad popular; pero es preciso poner sumo cuidado en que más y más se encienda y se conserve con perseverancia. Ninguno de vosotros extrañará que insistamos en exhortar lo que ya más de una vez hemos exhortado, pues bien sabéis cuánto importa que entre los cristianos florezca la práctica del *Rosario de María*, y conocéis perfectamente que es una parte y forma del espíritu de oración de que os hablo, bellísima, acomodada á nuestros tiempos, fácil de practicar y muy fructuosa.

Mas como, según arriba indicamos, el primero y principal fruto del Jubileo debe ser la mudanza de vida y el adelanto en la virtud, creemos especialmente necesario huir de aquel mal que dejamos señalado en nuestra anterior Encíclica.—Nos referimos á las intestinas y casi domésticas discordias de algunos de los nuestros, que disuelven ó relajan á lo menos el vínculo de la caridad, con incalculable daño de las almas. Os recordamos aquí de nuevo esta

(1) S. Mateo, VII, 7.—(2) S. Luc.: XVIII, 1.—(3) I, 4 los Tesalonic., II, 1.—(4) A Timot., II, 1.—S. Juan, XVII, 21.

enseñanza. Venerables Hermanos, celadores de la disciplina eclesiástica y de la mutua caridad, porque queremos que empleéis sin cesar vuestra vigilancia y vuestra autoridad en evitar ese mal tan grave. Procurad con vuestros consejos, exhortaciones y repreensiones, que todos sean *solicitos en conservar la unidad de espíritu por los vínculos de la paz*, y para que se reduzcan á su deber los que promuevan disensiones, recordando sin cesar que el Unigénito Hijo de Dios en el momento de acercarse sus últimos tormentos, nada pidió á su Padre con tanta vehemencia como el que se amasen entre sí los que creyosen ó hubiesen de creer en él, *para que todos sean uno, así como tú, Padre, lo eres conmigo, y yo contigo, para que ellos también sean una misma cosa con nosotros* (1).

Así pues, por la misericordia de Dios omnipotente, y confiados en la autoridad de los bienaventurados Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, por la potestad de atar y desatar que el Señor, aunque indignos, Nos ha otorgado, concedemos á todos y cada uno de los fieles de ambos sexos plenísima indulgencia de todos sus pecados en forma de Jubileo general; pero con la condición y ley de practicar dentro del próximo año 1886 lo que á continuación se expresa:

Los que moren en Roma como vecinos ó huéspedes, visitarán *dos veces* la Basílica Lateranense, la Vaticana y la Liberiana, y en ellas orarán por algún rato fervorosamente al Señor, según Nuestra intención, por la prosperidad y exaltación de la Iglesia Católica y de esta Sede Apostólica, por la extirpación de las herejías y la conversión de todos los pecadores, por la concordia de los Principes cristianos y por la paz y unidad de todos los fieles. Ayunarán dos días con abstinencia de carne, fuera de los días no comprendidos en el indulto cuadragésimo, ó por otra razón consagrados á ayuno de estricta obligación por precepto de la Iglesia; recibirán además, confesados debidamente sus pecados, el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, y cada uno, según sus facultados, y consultándolo con su confesor, dará alguna limosna para una obra piadosa. Dejamos en completa libertad de elegir la que más agrade á cada cual; sin embargo, creemos oportuno designar dos especialmente, en las cuales estará perfectamente empleada la caridad, ambas necesitadas en muchas partes de auxilio y

(1) San Juan, XVII, 21.

amparo, ambas no menos útiles á la sociedad que á la Iglesia; á saber: *las escuelas privadas de niños y los seminarios eclesiásticos*.

Todos los demás que vivieren en cualquier punto fuera de Roma, visitarán *dos veces*, dentro del tiempo designado, tres templos, que han de ser señalados por Vos, Venerables Hermanos, ó por vuestros Vicarios ú Oficiales, ó de encargo vuestro ó de ellos, por los que ejercen la cura de almas; ó *tres veces* si solo hubiese dos templos, ó *seis* si uno solo; y practicarán además todas las obras que arriba indicamos. Es nuestra voluntad que pueda también aplicarse esta indulgencia, por modo de sufragio, á las almas de los que murieron unidos con Dios por caridad. Os autorizamos además para que podáis reducir á menor número, según vuestro prudente arbitrio, estas visitas, para cualesquiera Cabildos y Congregaciones, tanto de seculares como de regulares, Cofradías, hermandades, corporaciones ó Colegios que visitaren profesionalmente las Iglesias referidas.

Concedemos igualmente que los navegantes y viajeros, al llegar á su domicilio ó á determinado punto de parada, puedan ganar la misma indulgencia visitando *seis veces* el templo principal y practicando lo demás arriba prescrito. —Concedemos también á las personas regulares de ambos sexos, incluso las que viven en perpetua clausura, así como á cualesquiera otras, tanto seglares como eclesiásticas, que por estar encarceladas, enfermas, ó por cualquiera otra causa justa, no puedan practicar las mencionadas obras ó alguna de ellas, que pueda el confesor conmutárselas en otras obras piadosas, facultando además para dispensar de la Comunión á los niños que aún no han sido admitidos á la primera. Facultamos también á todos y cada uno de los fieles, tanto seglares como eclesiásticos, seculares y regulares de cualquier Orden ó Instituto, aún de los que sea preciso nombrar especialmente, para que á este efecto puedan elegir cualquier presbítero de los actualmente aprobados por confesor, sea secular ó regular; y de esta facultad pueden usar las Religiosas, las novicias y las demás mujeres que vivan en la clausura; con tal que el Confesor esté aprobado para las Monjas. —A los confesores, con esta ocasión y solamente mientras dure el tiempo de este Jubileo, les concedemos todas y las mismas facultades que les concedimos por Nuestra Bula *Pontifices Maximi* ex-

pedida el día 15 de Febrero de 1879, pero con todas las excepciones allí consignadas.

Ahora, procuren todos con sumo cuidado agradar á la gran Madre de Dios tributándole en ese tiempo muy especial culto y reverencia; pues queremos que este santo Jubileo se celebre bajo el Patrocinio de la Santísima Virgen del *Rosario*, y con su ayuda esperamos que muchos serán los que laven su alma de pecados y revivan á la fe, la piedad y la justificación, no sólo con la esperanza de su salvación sino con auspicios de días más tranquilos.

Como augurio de estos beneficios celestiales y testimonio de Nuestra paternal benevolencia, otorgamos gustosísimos en el Señor la Bendición Apostólica á Vosotros, al Clero y á todo el pueblo encomendado á vuestro celo y vigilancia.

Dado en Roma, en San Pedro, el día 22 de Diciembre del año 1885, Año octavo de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.



## EPISTOLA ENCYCLICA

Quibus extraordinarium iubilaeum iterum indicitur.

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

**Q**uon auctoritate Apostolica semel iam atque iterum decrevimus, ut annus sacer toto orbe christiano extra ordinem ageretur, oblati hono publico caelestium munerum thesauris, quorum est in Nostra potestate dispensatio, idem placet in annum proximum, Deo favente, decernere.—Cuius utilitas rei fugere vos, Venerabiles Fratres, nequissimum potest gnaros temporum ac morum: sed quaedam singularis ratio facit, ut in hoc consilio Nostro melior, quam fortasse alias, inesse opportunitas videatur.—Nimirum cum de civitatibus superiore epistola Encyclica docuerimus, quanti intersit, eas ad veritatem formaeque christianae propius accedere, intelligi iam licet quam sit huic ipsi proposito Nostro consentaneum dare operam, quibuscumque rebus possumus, ut vel excitentur homines ad christianas virtutes, vel revocentur. Talis est enim civitas, qualis populorum fingitur moribus: et quemadmodum aut navigii aut aedium bonitas ex singularum pendet bonitate aptaque suis locis collocatione partium, eodem fere modo rerum cursu publicarum rectus et sine offensione esse non potest, nisi rectam vitae civis consequantur viam. Ipsa disciplina civilis, et ea omnia, quibus vitae publicae constat actio, non nisi auctoribus hominibus nascuntur, intereunt: homines autem suarum solent opinionum morumque expressam imaginem iis rebus affingere. Quo igitur eis praeceptis Nostris et imbuantur penitus animi, et, quod caput est, quotidiana vita singulorum regatur, eritendum est ut singuli inducant animum christiane sapere, christiane agere non minus publice quam privatim.

Atque in ea tanto maior est adhibenda contentio, quanto plura impendent undique pericula. Non enim exigua pars magna illae patrum nostrorum virtutes cessere: cupiditates, quae per se vim habent maximam, maiorem licentia quae siverunt: opinionum insaniam, nullis aut parum aptis compressa frenis, manat quotidie longius: ex iis ipsis, qui recte sentiant, plures praepostero quodam pudore de-

territi non audent id quod sentiunt libere profiteri, multoque minus reipsa perficere: deterrimorum vis exploramur in mores populares passim influit: societates hominum non honestae, quae a Nobismetipsis alias designatae sunt, flagitiosarum artium scientissimae, populo imponere, et quotquot possunt a Deo, a sanctitate officiorum, a fide christiana abstrahere atque abalienare contendunt.

Tot igitur promentibus malis, quae vel ipsa diuturnitas maiora facit, nullus est Nobis praetermittendus locus, qui spem sublevationis aliquam sferat. Hoc consilio et hac spe sacrum iubilaeum indicturi sumus, monendis cohortandisque quotquot sua est cordi salus, ut colligant paulisper sese, et demersas in terram cogitationes ad meliora traducant. Quod non privatis solum, sed toti futurum est reipublicae salutare, propterea quod quantum singuli profecerint in animi perfectione sui, tantumdem honestatis ac virtutis ad vitam moresque publicos accedet.

Sed optatum rei exitum videtis, Venerabiles Fratres, in opera et diligentia vestra magnam partem esse positum, cum apte studiosaque populum praeparare necesse sit ad fructus, qui propositi sunt, rite percipiendos. — Erit igitur caritatis sapientiaeque vestrae lectis sacerdotibus id negotium dare, ut piis concionibus ad vulgi captum accommodatis multitudinem erudiant, maximeque ad poenitentiam cohortentur, quae est, auctore Augustino, *bonorum et humilium fidelium poena quotidiana, in qua pectora tundimus, dicentes: dimitte nobis debita nostra* (1). Poenitentiam, quaeque pars eius est, voluntariam corporis castigationem non sine causa primo commemoramus loco. Nostis enim morem saeculi: libet plerisque delicate vivere, viriliter animoque magno nihil agere. Qui cum in alias incidunt miseriae multas, tum fingunt saepe causas, non salutaribus Ecclesiae legibus obtemperant, onus rati sibi gravius, quam tolerari possit, impositum, quod vel abstinere certo ciborum genere, vel ieiunium servare paucis anni diebus iubentur. Hac enervati consuetudine, mirum non est si sensim totos se cupiditatibus dedant maiora poscentibus. Itaque lapsos aut proci ives ad mollitiam animos consentaneum est ad temperantiam revocare: proptereaque, qui ad populum dicturi sunt, diligenter et enucleate doceant, quod non modo Evangelica lege, sed etiam naturali ratione praecipitur, imperare sibi metipsis et domitas habere cupiditates unumquemque oportere: nec exipiri, nisi poenitendo, posse delicta. — Et haec, de qua loquimur, virtuti, ut diuturna permaneat, non inepte consultum fuerit, si rei stabiliter institutae quasi in fidem tutelamque tradatur. Quo id perlineat, facile, Venerabiles Fratres, intelligitis: illic sollicit, ut sodalium Franciscorum ordinem Tertium, quem *saeculorum* omnino, in Diocesi quisque vestra tuori et amplificare perseveretis. Profecto ad conservandum atendumque poenitentiae in christiana multitudine spiritum, plurimum omnino valitura sunt exempla et gratia *Francisci Assisiensis*

(1) Epist. 108

patris, qui cum summa innocentia vitae tantum coniunxit studium castigandi sui, ut Iesu Christi crucifixi imaginem non minus vita et moribus, quam impressis divinitus signis retulisse videatur. Leges eius Ordinis, quas opportune temperavimus, longe sunt ad perferendum leves: momentam ad christianam virtutem habent non leve.

Deinde vero in his privatis publicisque tantis necessitatibus, cum tota spes salutis utique in patrocinio totulaeque Patris caelestis consistat, magnopere vellemus, studium precandi constans et cum fiducia coniunctum reviviscere. — In omni magno christiana reipublicae tempore, quoties Ecclesiae usuvenit, ut vel externis periculis, vel internis premeretur incommodis, praecelere maieres nostri, sublati in caelum suppliciter oculis, docuerunt, qua ratione et unde luminis animi, unde vim virtutis et apta temporibus adiumenta petere oporteret. In haerebant enim penitus in mentibus illa Iesu Christi praeepta, *petite et dabitur vobis* (1); *oportet semper orare et non deficere* (2). Quibus resonat Apostolorum vox: *sine intermissione orate* (3) *obsecro igitur primum omnium fieri obsecrationes, orationes, postulationes, gratiarum actiones pro hominibus* (4). Quam ad rem non minus acute quam vere illud Ioannes Chrysostomus scriptum per similitudinem reliquit: quo modo homini, cum nudus idemque egens rebus omnibus suscipiatur in lucem, manus natura dedit, quarum ope res ad vitam necessariis sibi compararet; ita in iis; quae sunt supra naturam, cum nihil per se ipse possit, largitus est Deus orandi facultatem, quae ille sapienter usus, omnia quae ad salutem requiruntur, facile impetraret. — His ex rebus singuli statuite, Venerabiles Fratres, quam sit gratum et probatum Nobis studium vestrum in provehenda sacratissimi *Rosarii* religione his praesertim proximis annis. Nobis auctorisissimi *Marialis* apud christianos florere consuetudinem, optimeque nostis, eam esse huius ipsius spiritus precam, de qua loquimur, partem et formam quam tam pulcherrimam, eademque convenientem temporibus, usu facilem, utilitate uberrimam.

Quoniam vero iubilaei prior et maximus fructus, id quod supra indicavimus, emendatio vitae et virtutis accessio esse debet, necessariam nominatim censemus eius fugam mali, quod ipsis superioribus litteris Encyclicis designare non praetermissimus. — Intestina intelligimus ac prope domestica nonnullorum ex nostris dissidia, quae cunctis vinculum, vix dici potest quanta cum pernicie animorum, solvant aut certe relaxant. Quam rem ideo rursus commemoravimus hoc loco apud vos, Venerabiles Fratres, ecclesiasticae disciplinae mutuaeque caritatis custodes, qui ad prohibendum tam grave incom-

(1) Matth. 7, 7. (2) Luc. XVIII. 1. (3) I. Cor. V. 17. — (4) Timot. II. 1.

modum volumus vigilantiam auctoritatemque vestram perpetuo esse conversam. Mönendo, hortando, increpando date operam, ut omnis solliciti sint sercare unitatem spiritus in vinculo pacis, utque redeant ad officium, si qui sunt dissidiorum auctores, illud in omni vita cogitantis, Unigenitum Dei Filium in ipsa supremorum appropinquatione cruciutum nihil a Patre contendisse vehementius, quam ut inter se diligenter, qui crederent aut credituri essent in eum, ut omnes unum sint, sicut tu, Pater, in me, et ego in te et et ipsi in nobis unum sit (1).

Itaque de omnipotentis Dei misericordia, ac beatorum Apostolorum Petri et Pauli auctoritate confisi, ex illa ligandi atque solvendi potestate, quam Nobis Dominus licet indignis contulit, universis et singulari utriusque sexus Cristi fidelibus plenissimam peccatorum omnium indulgentiam, ad generalis Iubilaei modum, concedimus, ea tamen conditione et lege, ut intra spatium anni proximi MDCCCLXXXVI haec, quae infra scripta sunt, effecerint.

Quotquot Romae sunt cives hospitesve Basilicam Leteranensem, item Vaticanam et Liberianam bis adeant ibique aliquandiu pro Ecclesiae catholicae et huius Apostolicae Sedis prosperitate et exaltatione pro extirpatione haeresum omniumque errentium conversione, pre christianorum Principum concordia ac totius fidelis populi pace et unitate, secundum mentem Nostram pias ad Deum preces effundant. Iidem duos dies esuribus tantum cibis utentes ieiunent, praeter dies in quadragesimali indulto non comprehensos, aut alias simili stricti iuris ieiunio ex praecepto Ecclesiae consecratos: praeterea peccata sua rite confessi sanctissimum Eucharistiae sacramentum suscipiant, stipemque aliquam pro sua quisque facultate, adhibito in consilio Confessario, in aliquod pium conferant opus, quod ad propagationem et incrementum fidei catholicae pertineat. Integrum unicuique sit: quod malit, optare: duo tamen designanda nominatum putemus, in quibus erit optime collocata beneficentia, utramque civitati non minus quam Ecclesiae fructuosum; nimirum *praecatas puerorum scholas, et Seminaria Clericorum*.

Ceteri vero omnes extra Urbem ubicumque degentes tria templa, a vobis, Venerabiles Fratres, aut a vestris Vicariis seu Officialibus, aut de vestro eorumve mandato ab iis qui curam animarum exercent designanda, bis, vel, duo tantum si templa fuerint, ter, vel, si unum, sexties, dicto temporis intervallo adeant; item alia opera omnia, quae supra commemorata sunt, peragant. Quam indulgentiam etiam animabus, quae Deo in caritate coniunctae ex hac vita migraverint, per modum suffragii applicatae posse volumus. Vobis praeterea potestatem facimus, ut Capitulis et Congregationibus tam saecularium quam regularium, sodalitatibus, confraternitatibus, universitatibus, collegiis quibuscumque memoratas Ecclesias processionaliter visi-

(1) Io. XVI, 21.

tantibus, easdem visitationes ad minorem numerum pro vestro prudenti arbitrio reducere possitis.

Concedimus vero ut navigantes et iter agentes, ubi ad sua domicilia, vel alio ad certam stationem esse receperint, visitato sexties tempore maximo seu parochiali, ceterisque operibus, quae supra praescripta sunt, rite peractis, eamdem indulgentiam consequi queant. Regularibus vero personis utriusque sexus, etiam in claustris perpetuo degentibus, nec non aliis quibuscumque tam laicis, quam ecclesiasticis, qui carcere, infirmitate corporis, aut alia qualibet iusta causa impediuntur, quominus memorata opera, vel eorum aliqua praesent, concedimus, ut ea Confessarius in alia pietatis opera commutare possit, facta etiam potestate dispensandi super Communionem cum pueris nondum ad primam Communionem admissis. Insuper universis et singulis Christi fidelibus, tam laicis quam ecclesiasticis, saecularibus ac regularibus cuiusvis Ordinis et Instituti, etiam specialiter nominandi, facultatem concedimus, ut sibi ad hunc effectum eligere possint quemcumque presbyterum Confessarium tam saecularem quam regularem ex actu approbatis: qua facultate uti possint etiam Moniales, Novitiae, aliaeque mulieres, intra claustra degentes, dummodo Confessarius approbatus sit pro monialibus. Confessarii autem, hac occasione et durante huius Iubilaei tempore tantum, omnes illas ipsas facultates largimur, quas largiti sumus per litteras Nostras Apostolicas *Pontifices maximi* datas die XV mensis Februarii anno MDCCCLXXXIX, iis tamen omnibus exceptis, quae in eisdem litteris excepta sunt.

Ceterum summa cura student universi magnam Dei parentem praecipuo per id tempus obsequio cultuque demereri. Nam in patrocinio sanctissimae Virginis a *Rosario* sacrum hoc Iubilaeum esse volumus: ipsaque adiutrice confidimus, non paucos futuros, quorum, animus delersa admissorum labe expietur, fideque, pietate, iustitia non modo in spem salutis sempiternae, sed etiam in auspiciis peccatoris aevi renovetur.

Quorum beneficiorum caelestium auspiciis paternaeque Nostrae benevolentiae testem vobis, et Clero populoque universo vestrae fidei vigilantiaeque commisso Apostolicam Benedictionem peramanter in Domino impertimus.

Datum Romae apud S. Petrum die XXI Decembris MDCCCLXXXIV, Pontificatus Nostri anno octavo.

LEO PP. XIII.

